

SANTOS Y GASTRONOMÍA/26

El misionero Pedro Chanel, protomártir de Oceanía

CULTURA

06_12_2021

*Liana
Marabini*



El capitán sube a bordo del barco anclado junto al barco francés detenido en Tahití, que ha navegado hacia las islas de Wallis y Futuna en los dos últimos días. En el barco hay, además de él, seis hombres de su tripulación y el sacerdote de a bordo: él también

forma parte de la tripulación. Los hombres están en silencio, siempre hay un poco de aprensión al acercarse a las islas, sobre todo en un bote pequeño como ese. El comandante disfruta de la belleza del lugar que se acerca cada vez más: mar turquesa, arena blanca, palmeras verdes. Los colores crean una armonía indescriptible. Pero recuerda que él no está allí para admirar la naturaleza, sino para una tarea onerosa y desagradable. Esos malditos salvajes mataron a un misionero con bestialidad, él y sus compañeros tienen la tarea de dar un entierro adecuado a los restos. Mira el rostro del sacerdote de a bordo, que se mantiene erguido y con rostro serio.

Finalmente están cerca de la playa y dos marineros se lanzan al agua y tiran del bote a mano. En la playa hay un pequeño grupo de nativos. Sus caderas están rodeadas por una tira de tela y llevan cruces de madera alrededor del cuello. Ciertamente son cristianos. El comandante conoce la obra de los maristas, padres misioneros que vinieron de Francia para cristianizar a los indígenas. Sabe que han hecho grandes cosas, a menudo con el sacrificio de sus vidas, como en este caso. Qué desperdicio, piensa.

El comandante conoce su idioma. Todos se dirigen hacia el pequeño bosque de palmeras y caminan durante un cuarto de hora. Se adentran más y más en la vegetación, el comandante está acalorado y el sudor le gotea por el cabello rubio en su frente. Finalmente llegan y dos de los nativos comienzan a cavar. Trabajan rápido y poco después aparecen los bordes de una tela rugosa. El comandante espera oler el hedon habitual típico de los cadáveres, pero no emana ningún olor de la tumba improvisada. Finalmente, los dos extraen con cuidado y reverencia los pobres restos. Los colocan sobre una camilla hecha por dos barras de madera, ramas entrelazadas y hojas de coco. El sacerdote de a bordo da un paso adelante y hace la señal de la cruz en el cuerpo, luego saca un frasco de agua bendita de su bolsillo y lo rocía. Hace una oración, luego hace una señal a los nativos. La pequeña procesión vuelve sobre el camino hacia el barco anclado. El comandante se limpia la frente y reza en silencio por el cuerpo que yace en la camilla.

Ese cuerpo pertenecía al padre Pierre Chanel (1803-1841), españolizado como Pedro, un misionero marista cruelmente masacrado por los nativos que se oponían a la cristianización de la isla. Nacido en 1803 en Francia, en Cuet, en la región de Ain, Pedro Chanel procedía de una familia modesta: era el quinto de ocho hermanos. De niño le encantaba jugar a decir la Misa. Tuvo la suerte de encontrarse con un sacerdote que comprendió la profunda fe del niño y su extraordinaria inteligencia, y que lo ayudó a discernir su vocación. El padre Trompier, coadjutor de un pequeño pueblo no lejos de Cuet, lo acogió bajo su protección y le dio una buena educación religiosa, además de

hacerle servir la Misa con regularidad.

Después de su Primera Comuni3n, el 23 de marzo de 1817, se apasion3 por la lectura de las cartas de los misioneros enviadas por Monseñor Louis-Guillaume-Valentin Dubourg (1766-1833), a su regreso de Am3rica. M3s tarde confiar3: "Este es el año en que se concret3 en mi mente el plan de ir a misiones lejanas". En su Confirmaci3n, tom3 a San Luigi Gonzaga como su segundo patr3n. Despu3s de sus estudios en el seminario menor, sigui3 los del seminario mayor. El 15 de julio de 1827 fue ordenado sacerdote. Fue vicario en Amb3rieu-en-Bugey y p3rroco en Crozet, donde dej3 el recuerdo m3s imborrable con su amabilidad. El deseo de viajar para evangelizar tierras lejanas permaneci3 fuerte en 3l. Pero su obispo, monseñor Alexandre-Raymond Devie, se neg3 a dejarlo ir y Pedro obedeci3.

A un cierto punto, el padre Chanel le pidi3 permiso a su obispo para unirse a la Sociedad de Mar3a, fundada en 1822 por Jean-Claude Colin (1790-1875). Entr3 en 1831. Esperaba que el Santo Padre autorizara su establecimiento como sociedad misionera independiente lo antes posible y les abriera el camino a los oc3anos... Mientras tanto, sin embargo, se convirti3 en docente en el Seminario de Belley, donde los estudiantes le ten3an especial cariño. Tras la decisi3n del Papa Gregorio XVI de enviar misioneros a Ocean3a, misi3n encomendada especialmente a la Sociedad de Mar3a, Pedro Chanel se ofreci3 como voluntario. As3 se embarc3 a bordo del Delphine el 24 de diciembre de 1836, y sali3 de Havre (Normand3a) para llegar a Chile y luego a Ocean3a.

Despu3s de casi 11 meses de viaje, el 7 de noviembre de 1837, el padre Chanel se instal3 con su hermano Marie Nizier en Futuna, en la Polinesia Occidental, mientras otro grupo de maristas desembarcaba en Wallis. Descubierta en 1616 por los holandeses, la isla de Futuna fue apodada "la niña perdida del Pac3fico" por Bougainville en 1768, porque nunca hab3a sido evangelizada. Las guerras tribales y la pr3ctica del canibalismo hab3an reducido la poblaci3n a unos pocos miles cuando Chanel aterriz3 en sus costas.

Chanel se compromet3 con fe en medio de grandes dificultades, cuidando a los enfermos y ganando el sobrenombre de "hombre del coraz3n gentil". Niuliki, reinante en ese momento, inicialmente tuvo una actitud amistosa con el misionero, llam3ndolo incluso "tab3", es decir, sagrado e inviolable. Durante dos años, como hu3sped del rey Niuliki, el padre Chanel aprendi3 el idioma local y bautiz3 a los niños moribundos. Siguiendo el ejemplo de San Pablo, descubri3 la isla, sus habitantes, sus costumbres y trat3 de hacerse futuniano con ellos. Este proceso de inculturaci3n personal le permiti3 iniciar su obra evangelizadora. Con paciencia y caridad se ocup3 de los enfermos y heridos. Actu3 para poner fin a las guerras entre tribus: en 18 meses, permiti3 que los



dos reinos de la isla hicieran la paz.

Pero luego de las diversas conversiones a la fe católica (en Futuna menos que en Wallis, que se había vuelto completamente cristiana), el rey Niuliki comenzó a enojarse cuando vio que sus súbditos se estaban alejando de sus ídolos hacia la religión del hombre blanco. Por lo tanto, emitió un edicto en su contra para evitar conversiones. En ese mismo período su hijo Meitala se convirtió al catolicismo. El rey decidió no recibir más ni alimentar a los misioneros, y comenzó una serie de persecuciones para obligarlos a irse.

A pesar de todo, los misioneros se mantuvieron fieles a su ministerio, y gracias a su testimonio que tocó los corazones aún hubo algunas conversiones (incluida, efectivamente, la del hijo del rey). Quizás esa fue la gota que derramó el vaso. El rey decidió acabar con las misiones en su tierra: “¡La religión muere con los que la trajeron!”.

En la madrugada del 28 de abril de 1841, los conspiradores hostiles a la fe católica, liderados por Musumus, el primer ministro del rey, se reunieron y, después de herir a muchos neófitos sorprendidos mientras dormían, atacaron la cabaña de Chanel. Uno de ellos le hizo pedazos un brazo y lo hirió en la sien izquierda con un garrote. Una vez en el suelo, el sacerdote fue atacado con una bayoneta, mientras que un tercer atacante lo golpeó fuertemente con un palo. Mientras el misionero pronunciaba palabras de serena resignación (“Malie fuai”, es decir: “bien por mí”), el propio Musumus, enojado por su resistencia, rompió el cráneo del mártir con un hacha. Los restos del misionero, enterrados apresuradamente, fueron posteriormente reclamados por el capitán Lavaux, comandante francés de la estación naval de Tahití, el mismo día que comienza nuestra historia. Los restos de Pedro fueron devueltos a Francia por medio de un transporte del gobierno en 1842. La Congregación de Ritos le otorgó el título de “Protomártir de Oceanía”. Beatificado en noviembre de 1889 por León XIII, luego fue canonizado el 12 de junio de 1954 por Pío XII.